

La danza electrónica de Elías Crespín

Humberto Valdivieso

Las galaxias giran alrededor de su centro y se desplazan por el espacio-tiempo.¹ Los humanos circulan sin cesar por territorios y corrientes oceánicas a través del planeta. En un cuerpo las neuronas crean sinapsis, el aire va y viene, la sangre fluye y el corazón late rítmicamente. Los virus, bacterias, insectos y animales deambulan por el ambiente. La luz viaja a 299,792,458 metros por segundo. Las palabras, como los átomos, jamás se detienen. La danza cósmica del dios Shiva (Nataraja) crea y destruye el universo una y otra vez. El movimiento continuo de todo lo que existe es una condición de la vida.

La obra de Elías Crespín pertenece a esa indetenible movilidad de la existencia. Su cadencia es cónsona con la actividad de los astros en el macrocosmos y la indeterminación de las partículas subatómicas. Con la velocidad de los grandes datos y la lentitud de nuestro pensamiento. Está hecha de energía física, algoritmos y oscilaciones del alma. Existe en lo visible e invisible a la vez. Sus estructuras y sistemas integran tiempos y geometrías. Las piezas que la componen generan espacios posibles e instantes fugaces. Con cada variación coreográfica abren nuevas situaciones. También, diversos estados sensibles y espirituales.

PLÁSTICA

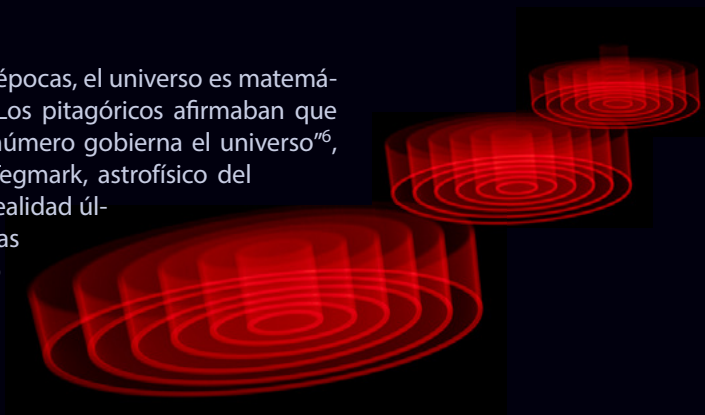
Lo cinético en el trabajo de este maestro venezolano no es un efecto, tampoco una cualidad expresiva. En realidad, debe apreciarse como la manifestación de una certeza: todo lo que es, está vivo y en movimiento. Para decirlo con Heráclito, cada pieza responde a una “inteligencia que guía todas las cosas a través de todas”². En su conjunto, reiteran lo que el astrofísico David Bohm afirmó sobre la realidad: “lo que existe es el proceso mismo de llegar a ser”³. De ahí que todo “interpenetra” en todo.

En las obras *Plano Flexionante Mousikê*, *Circular Inception* o *Triángulos Seriadados*, entre otras, hay una labor hecha sobre la espesa materia de la existencia. Es decir, una actividad que produce metáforas de la vida, signos alusivos a nuestra propia condición humana, huellas del pasado y el futuro, ciclos de cambios constantes y estados de recogimiento. En ellas, tomando las palabras de Fernando Pessoa “la energía es toda la misma, la naturaleza es toda lo mismo”⁴. Cuando ingresamos a su espacio percibimos un cambio de velocidad. Eso nos hace sentir su influjo dentro de nosotros, como si fuese una respiración larga y serena en la meditación. Hay algo místico y vital en ellas, pues al verlas pasar de un estado a otro adquirimos una mayor conciencia de estar ahí, plenamente presentes.

Cuando esas formas geométricas cambian de disposición ocurren situaciones estéticas, técnicas y vitales. Incluso escénicas, pues con ellas se activa una teatralidad vital y la vida deviene en *performance*. Los ciclos de las geometrías desplazándose en el vacío supone un flujo, como el de la repetición de las palabras sagradas en un mantra. En sus movimientos podemos ver a los planetas en órbita alrededor del Sol, las danzas de los derviches voladores o escuchar el canto insistente de los pájaros. Su movimiento describe un tiempo en espiral, un eterno retorno: al volver al inicio ya están en otro lado, en un punto distinto, en otra situación. Como el río de Heráclito donde no logramos bañarnos dos veces porque “todo se mueve y nada permanece”⁵.

ADN

Para científicos y filósofos de distintas épocas, el universo es matemático o se modela matemáticamente. Los pitagóricos afirmaban que estaba compuesto por números. “El número gobierna el universo”⁶, expresaba el mismo Pitágoras. Max Tegmark, astrofísico del MIT, en sus estudios, sostiene que “la realidad última es puramente matemática”⁷. Ambas ideas están en armonía con el trabajo de Crespín, pues sus obras emergen del cálculo y se hacen partes constituyentes del cosmos.



Elías Crespín (Caracas, Venezuela, 1965). Su formación en ingeniería e informática es imprescindible para el desarrollo de su trabajo, en el cual se combinan dos universos: el arte y la programación.

Al utilizar motores controlados por un software personalizado consigue animar módulos geométricos, cuya metamorfosis cinética alude tanto a la danza como al análisis matemático. En 2018, fue comisionado por el Museo del Louvre, para el cual desarrolló *L'Onde du Midi* (2020). Las ondulaciones y transformaciones de la pieza crean una coreografía cuyo motivo son las líneas y planos de la arquitectura del museo, materializando la abstracción de las continuidades formales entre la obra y el espacio.

La investigación de Crespín concierne al tiempo, la forma y el movimiento; no como elementos cinéticos atados a la estética, sino como elementos matemáticos vinculados al análisis y a la programación.



El desplazamiento de las piezas por el espacio está definido por fórmulas, calculadas a través de algoritmos que diseñan el comportamiento de los elementos geométricos. La danza de los círculos, triángulos, líneas o cuadrados es meditada por el artista y modelada matemáticamente a través de un programa en el ordenador. Este calcula las instrucciones que manda a los motores para que se materialice el *performance*.

La correspondencia de estas obras electrocinéticas, con la estructura de la realidad física y nuestra condición espiritual, excede lo meramente metafórico. La razón es esa esencia matemática de su ADN, la cual, además de sostener el proceso creativo, les permitiría existir en soportes futuros. Ellas serán meditadas por almas aún inexistentes, restauradas con materiales quizá desconocidos e interpretadas de formas imposibles de vislumbrar. Aquí el arte, entonces, está más allá de los materiales y sistemas tecnológicos del presente. También de los conceptos y explicaciones. Hay que seguirlo en el flujo de lo intuido por el artista. Rastrearlo a través de algoritmos y cálculos. Sopesarlo en la misteriosa liviandad de las figuras flotantes. Es ahí donde lo estético se manifiesta y expone relaciones visibles e invisibles, presentes y futuras.

La danza electrónica

En el trabajo del artista, la energía del pensamiento y la energía del medio ambiente están imbricadas, forman una compleja trama de correspondencias científicas, aritméticas, sociales, poéticas y espirituales. Las hebras de semejante tejido fueron hiladas siguiendo métodos propios de la informática y la electrónica. Sin embargo, esta labor no circunscribe sus límites a la programación, diseño y manufactura de los circuitos. El soporte técnico, la computación y los sutiles mecanismos que permiten el movimiento de las piezas cumplen una función más noble: materializan el impulso creativo, exhiben el ADN matemático en un contexto físico.

Motores paso a paso, *software* personalizado, circuitos impresos, microcontroladores: todo está presente, pero nada aparece en escena. En la suma de esos elementos —precisos, limitados, estructurados— la obra despliega equilibradamente su danza. Los límites físicos que el sistema sugiere están vinculados a la *performance* diseñada previamente. Los

motores, determinados por su diseño, tienen una mínima unidad de movimiento, los hilos deben mantener una tensión y hay una velocidad del desplazamiento de las figuras entre otros factores. Asimismo, el espacio donde están ubicadas tiene unas condiciones, una naturaleza y su propia tecnología asociada. Hay una memoria del lugar, la cual puede ser muy antigua como ocurre en el Museo del Louvre o en la Casa de la Hacienda La Trinidad. Los cuerpos de los espectadores tienen hábitos, dimensiones, temperatura, estremecimientos emocionales y la cultura los atraviesa.

La danza electrónica, aunque sumida en toda esa complejidad, es un sereno equilibrio, un gesto estético y una evidencia de lo pensado. Similar a un funámbulo suspendido en el espacio, la obra vincula dimensiones humanas y no humanas. Sigue el flujo de la existencia y nos señala otros modos de existir.

Elías Crespín no fabrica objetos técnicos. Su obra no es tecnológica. No hace de la tecnología un tema, un fin o un ámbito de reflexión. Mecanismos, circuitos, cables y computadoras son absolutamente invisibles en la puesta en escena, están ocultos a la vista. Él crea sistemas cinéticos, modos de reconfigurar el tiempo y el espacio. Sus proyectos son enigmáticos, pues detrás de la delicada exactitud está vibrando el misterio de la existencia. En toda su propuesta hay un llamado al silencio y al asombro, hay paz y temblor, meditación y estremecimiento. A experimentar los enigmas de nuestras propias incertidumbres.



Notas

1. Una versión de este texto fue publicada inicialmente en el catálogo *Continuum* de Elías Crespín por su exposición en la Hacienda La Trinidad Parque Cultural, la cual fue promovida por Espacio Monitor.
2. Conrado Eggers Lan (trad.), *Los filósofos presocráticos*, Biblioteca Clásica Gredos, 3 vols., Madrid: Gredos, 1978, 226.
3. David Bohm, *La totalidad y el orden implicado* Barcelona: Kairos, 1988, 43.
4. Fernando Pessoa, *Los poemas de Álvaro Campos 2*, Poesía IV, (ed. y trad.) Juan Barja y Juana Inarejos, Madrid: ABADA Editores, 2012, 79.
5. Conrado Eggers Lan (trad.), *Los filósofos presocráticos*, Biblioteca Clásica Gredos, 3 vols., Madrid: Gredos, 1978, 196.
6. E. Maor, *The Pythagorean Theorem, A 4,000-Year History*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2007, 17.
7. Max Tegmark, *Nuestro universo matemático: En busca de la naturaleza última de la realidad*, Barcelona: Antoni Bosch (ed.), 2022, 16.